

HOLY SEE PRESS OFFICE
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE



BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIEGE
PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHLS

BOLLETTINO

SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE

N. consi

Sábado 28.11.2020

Consistorio Público Ordinario para la creación de trece nuevos cardenales

Esta tarde, a las 16,00, en el altar de la cátedra de la basílica vaticana, el Santo Padre Francisco ha celebrado un consistorio público ordinario para la creación de 13 nuevos cardenales, la imposición de la birreta, la entrega del anillo y la asignación del título o diaconía.

Al comienzo de la celebración el primero de los nuevos cardenales, Su Eminencia el cardenal Mario Grech, obispo emérito de Gozo y secretario general del Sínodo de Obispos, dirigió un discurso de homenaje y agradecimiento al Papa en nombre de todos. Después de la oración y la lectura de un pasaje del Evangelio según Marcos (10:32-45), el Santo Padre pronunció su homilía.

El Papa leyó después la fórmula de la creación y proclamó solemnemente los nombres de los nuevos cardenales, anunciando su orden presbiteral o diaconal.

El rito continuó con la profesión de fe de los nuevos cardenales ante el pueblo de Dios y el juramento de fidelidad y obediencia al Papa Francisco y sus sucesores.

Los nuevos cardenales, según el orden de la creación, se arrodillaron ante el Santo Padre, quien les impuso el capelo y la birreta cardenalicios, les entregó el anillo de cardenal y les asignó a cada uno una Iglesia de Roma en señal de participación en la solicitud pastoral del Papa en la Urbe, entregándoles la bula de creación de cardenales y la asignación del título o diaconía.

Entre los nuevos cardenales creados esta tarde, no estaban presente en la basílica - debido a la situación sanitaria actual - Su Eminencia el cardenal Cornelius Sim, vicario apostólico de Brunei, y Su Eminencia el cardenal José Forte. Advincula, arzobispo de Capiz (Filipinas).

Publicamos a continuación el texto de la homilía que el Santo Padre Francisco pronunció durante el Consistorio:

Homilía del Santo Padre

Jesús y los discípulos estaban en el camino, iban de camino. *El camino*. El camino es el lugar donde se realiza la escena que describe el evangelista Marcos (cf. 10, 32-45). Y es el lugar donde se desarrolla siempre la trayectoria de la Iglesia: el camino de la vida, de la historia, que es historia de salvación en la medida en que se

hace *con Cristo*, orientado a su Misterio pascual. Jerusalén siempre está ante nosotros. La cruz y la resurrección pertenecen a nuestra historia, son nuestro presente, pero también son la meta de nuestro camino.

Este relato evangélico ha estado presente con frecuencia en los consistorios para la creación de nuevos cardenales. No es sólo un “trasfondo”, sino la “hoja de ruta” para nosotros que estamos hoy en camino con Jesús, que va delante de nosotros. Él es la fuerza y el sentido de nuestra vida y de nuestro ministerio.

Por tanto, queridos hermanos, hoy nos toca a nosotros confrontarnos con esta Palabra.

Marcos subraya que, en el camino, los discípulos «estaban *asombrados* [...] tenían *miedo*» (v. 32). Pero ¿por qué? Porque sabían lo que les esperaba en Jerusalén; lo intuían, es más, lo sabían, porque Jesús ya les había hablado abiertamente en otras ocasiones. El Señor conoce el estado de ánimo de los que lo siguen, y esto no lo deja indiferente. Jesús no abandona jamás a sus amigos; no los olvida nunca. Aun cuando parece que vaya derecho por su camino, Él siempre lo hace *por nosotros*. Y todo lo que hace, lo hace por nosotros, por nuestra salvación. Y, en el caso específico de los Doce, lo hace *para prepararlos* a la prueba, para que puedan estar *con Él*, ahora, y sobre todo después, cuando Él no esté más con ellos. Para que estén siempre *con Él en su camino*.

Sabiendo que el corazón de los discípulos estaba turbado, Jesús llamó aparte a los Doce y, «otra vez», les dijo «lo que le iba a suceder» (v. 32). Lo hemos escuchado: es el tercer anuncio de su pasión, muerte y resurrección. Este es *el camino del Hijo de Dios*. El camino *del Siervo del Señor*. Jesús *se identifica* con este camino, hasta el punto de que Él mismo *es* este camino. «Yo soy el camino» (Jn 14,6). *Este camino*, y ningún otro.

Y en este momento sucedió un “golpe de efecto” que trastocó e hizo posible que Jesús pudiera revelarles a Santiago y a Juan —pero en realidad a todos los Apóstoles y a todos nosotros— el destino que les esperaba. Imaginemos la escena: Jesús, después de haberles explicado nuevamente lo que le iba a suceder en Jerusalén, miró a los Doce, fijó en ellos sus ojos, como diciendo: “¿Está claro?”. Después retomó el camino, a la cabeza del grupo, y del grupo se separaron dos: Santiago y Juan. Se acercaron a Jesús y le expresaron su deseo: «Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda» (v. 37). Y este es *otro camino*. No es el camino de Jesús, es otro. Es el camino de quien, quizás, sin ni siquiera darse cuenta, “usa” al Señor para promoverse a sí mismo; de quien —como dice san Pablo— busca su propio interés, no el de Cristo (cf. Flp 2,21). Sobre esto, san Agustín tiene un estupendo Sermón sobre los pastores (n. 46), que siempre nos hace bien releer en el Oficio de Lecturas.

Jesús, después de haber escuchado a Santiago y Juan, no se alteró, no se enojó. Su paciencia fue verdaderamente infinita. También con nosotros tuvo, tiene y tendrá paciencia. Y les respondió: «No sabéis lo que pedís» (v. 38). Los disculpó, en cierto sentido, pero al mismo tiempo también los acusó: “Ustedes no se dan cuenta de que *se salieron del camino*”. En efecto, inmediatamente después fueron los otros diez apóstoles los que demostraron, con su actitud de indignación hacia los hijos de Zebedeo, que *todos* estaban tentados de *salirse del camino*.

Queridos hermanos: Todos nosotros queremos a Jesús, todos deseamos seguirlo, pero tenemos que estar siempre vigilantes para permanecer *en su camino*. Porque con los pies, con el cuerpo podemos estar con Él, pero nuestro corazón puede estar lejos y llevarnos *fuera del camino*. Pensemos en los muchos tipos de corrupción en la vida sacerdotal. Así, por ejemplo, el rojo púrpura del hábito cardenalicio, que es el color de la sangre, se puede convertir, por el espíritu mundano, en el de una distinción eminente. Y tú ya no serás el pastor cercano al pueblo, sentirás que eres sólo “la eminencia”. Cuando sientas esto, estarás fuera del camino.

En este relato evangélico, lo que siempre sorprende es el *claro contraste entre Jesús y los discípulos*. Jesús lo sabe, lo conoce, y lo soporta. Pero el contraste permanece: Él *en* el camino, ellos *fuera* del camino. Dos recorridos opuestos. Sólo el Señor, en realidad, puede salvar a sus amigos desorientados y con el riesgo de perderse; sólo su cruz y su resurrección. Por ellos y por todos, Él subió a Jerusalén. Por ellos y por todos, entregó su cuerpo y derramó su sangre. Por ellos y por todos, resucitó de entre los muertos, y con el don del

Espíritu los perdonó y los transformó. Finalmente, los orientó para que lo siguieran *en su camino*.

San Marcos —como también Mateo y Lucas— agregó este relato en su Evangelio porque es una Palabra que salva, una Palabra necesaria para la Iglesia de todos los tiempos. Aun cuando los Doce hacen un mal papel, este texto entró en el Canon porque *muestra la verdad* sobre Jesús y sobre nosotros. Es una Palabra beneficiosa también para nosotros hoy. También nosotros, Papa y cardenales, tenemos que reflejarnos siempre en esta Palabra de verdad. Es una espada afilada, nos corta, es dolorosa, pero al mismo tiempo nos cura, nos libera, nos convierte. Conversión es justamente esto: desde *fuera del camino*, volver *al camino* de Dios.

Que el Espíritu Santo nos conceda, hoy y siempre, esta gracia.
